

por cosa que se está convidando a mirar las hermosuras que se contienen dentro de sí. Mas ¿quién las contará con la lengua, pues quien allá entra y las mira, no puede alcanzar cuan grandes son y aun aquello que alcanza no lo puede decir?» (Cap. 78, l, pág. 244).

DEVOCION A JESUCRISTO Y A LA VIRGEN MARIA

El venerable Fray Luis de Granada encabezó uno de los capítulos de la *Vida* con este rótulo: *Del singular conocimiento que el P. M. Juan de Avila tenía del misterio de Cristo*. Profundizó efectivamente, en este conocimiento de una manera asombrosa, y son muchas las páginas que hierven con fuego de volcán. ¿Quién le ha aventajado en sentir y expresar la locura de la cruz? Las frases se disparan en todas direcciones como dardos.

«Pues, ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor?—exclama en el Tratado del *Amor de Dios*...—Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligación; no permitas que me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz! ¡Hazme lugar y recibe mi cuerpo y deja el de mi Señor! ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo ahí poner mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor!» (Vol. II, pág. 20).

Pues del Santísimo Sacramento ¡cuán hondo siente y con qué fervorosa elocuencia lo recomienda! ¡Cómo amó al Amor de los amores! Muchas veces han anotado los biógrafos y comentaristas del Maestro Avila que se adelantó a su época, recomendando la Comunión frecuente y exigiendo para ello la pureza de intención y la preparación debida. Los veintisiete *Tratados del Santísimo Sacramento* forman un remanso, donde se espeja el alma hecha llama ardiente, y donde el dogma, las citas bíblicas, las sentencias de los Santos Padres, las figuras del Antiguo Testamento, las realidades abrumadoras del Nuevo, la erudición y la poesía, las alegorías y las metáforas confluyen como riada de flores para realzar la belleza de la Hostia Santa. Más todavía que estos magníficos tratados revelaban su amor y su adoración extática a Jesús Sacramentado el espíritu interior y el recogimiento exterior con que celebraba la Misa. De esto se hace lenguas el venerable P. Granada. Aun cuando otros méritos no hubiera poseído Juan de Avila, sólo por este tan subido y